

Iglesia y Evangelio. XVI Congreso de Teología

Juan-José Tamayo *

CONVOCADO por la Asociación de Teólogos y Teólogas Juan XXIII, gestionado por numerosos movimientos eclesiales de base y apoyado por diferentes revistas de pensamiento cristiano, se ha celebrado en Madrid el XVI Congreso de Teología sobre «Iglesia y Evangelio» del 4 al 8 de septiembre. El título de este año evoca el de la obra del teólogo heterodoxo francés Alfred Loisy, *L'Évangile et l'Église*, donde se afirmaba que Jesús anunció la llegada del reino y lo que vino fue la Iglesia.

Los Congresos de teología, lugares de encuentro, de reflexión y de llamada al compromiso

LOS Congresos de teología cuentan con una larga andadura, iniciada en 1981. Ese año la Asociación Juan XXIII puso en marcha el primer encuentro sobre «Teología y Pobreza»

* Secretario general de la Asociación de Teólogos y Teólogas Juan XXIII.

con el objetivo de reflexionar en torno a las relaciones entre el cristianismo y la sociedad desde una doble perspectiva: la opción por los pobres y el diálogo crítico con la cultura moderna. El horizonte teológico en que se sitúan es igualmente doble: la teología de la liberación y la teología política.

Los Congresos son de teología, no de teólogos y teólogas. ¿Cómo pueden ser de teología y no de teólogos? ¿Quiénes asisten a ellos? ¿Qué pintan los teólogos y teólogas en ellos?, se preguntará la gente desde fuera. Tras la celebración de 16 congresos no resulta difícil responder a esas dudas. Los congresos funcionan como lugares de encuentro de cristianas y cristianos inquietos, en búsqueda, en actitud de diálogo; como foros de debate; como espacios de opción y de orientación para la praxis.

Son lugares de encuentro. En ellos participan creyentes de todos los rincones de nuestra geografía y de todos los continentes, preferentemente de Europa y de América Latina, pertenecientes a diferentes razas, etnias y culturas. En ese sentido son multiculturales, multiétnicos y multirraciales.

Son lugares de reflexión y debate. La metodología seguida posibilita ambas cosas. La reflexión, a partir de las conferencias de los expertos y de los relatos de experiencias vivas. El debate, a través de mesas redondas, espacios abiertos de discusión y prolongados tiempos de diálogo después de las diferentes intervenciones.

Es un ámbito para asumir opciones y para orientar hacia la praxis liberadora. Muchas de las personas que asisten a los congresos están comprometidas en diferentes organizaciones de solidaridad con el Tercer Mundo o trabajan en zonas de marginación del Primer Mundo. Otras son sensibles al sufrimiento de los semejantes, pero no han llegado a dar el paso hacia el compromiso, y el congreso las ayuda a lanzarse a la acción solidaria. A veces los congresos sirven para despertar la sensibilidad hacia situaciones de marginación y para movilizar las conciencias en esa dirección.

Un nuevo modo de hacer teología: más allá del idealismo evasivo y del espiritualismo ingenuo

¿Y no estaremos utilizando el nombre de la «teología» en vano cuando llamamos a estos congresos «de teolo-

gía»? Porque, ¿qué tiene que ver todo esto con la teología?, se preguntará todavía alguien. Ciertamente muy poco o nada, si se entiende la teología como una «doctrina sobre Dios» y un hablar de Dios al margen de toda experiencia religiosa y de todo contexto histórico, cuyo resultado son unas «verdades» asépticas que ni influyen ni tienen nada que ver con la vida —y la muerte— de los seres humanos. Pero esa manera de entender la teología no es la única, ni la más correcta; responde, más bien, a un paradigma del pasado que cada vez está más en desuso y que no responde a la verdadera teología, tal como ha sido practicada por los mejores maestros en la materia: Agustín, Tomás de Aquino, Ockam, cardenal Newman, Rahner, Schillebeeckx, Küng, Metz, Gutiérrez, por citar a algunos de los más representativos de las diferentes épocas.

La teología de los congresos comienza tomando tierra, con el *análisis de la realidad*; así evita idealismos evasivos y espiritualismos ingenuos, a los que tan acostumbrados nos tienen el pensamiento filosófico y el teológico. Para dicha tarea se recurre a especialistas en ciencias sociales, economía, política, historia, filosofía, antropología, etc. Sigue una *reflexión teológica* que pretende, muy modestamente, iluminar la realidad analizada desde la experiencia de la fe, cuestionando sus aspectos opresores, injustos y alienantes, y ofrecer pistas de sentido que resulten liberadoras para la existencia humana. La reflexión teológica en sintonía con el análisis de la realidad intenta dar relevancia socio-cultural y significación histórica a la experiencia cristiana, en diálogo con otras experiencias de sentido, sean religiosas o laicas. Concluye con el imperativo de la *praxis*, con la llamada a la acción liberadora, con la invitación a transformar el mundo en sus estructuras deshumanizadoras y a cambiar la mente embotada por la influencia ambiental.

Un ejemplo de dicha metodología «revolucionaria» se puso de manifiesto este año en la comunicación de Javier Honrrubia sobre «Evangelio y compromiso en la obra de Thomas Merton», monje trapense que vivió su experiencia cristiana en diálogo con las diferentes religiones y con el marxismo y en solidaridad con los pobres de la tierra.

Objetivo del XVI Congreso: poner a la Iglesia ante el espejo del Evangelio y de los pobres

EL XVI Congreso ha abordado el sugerente tema de la relación dialéctica entre la Iglesia como institución y

como comunidad de creyentes y el Evangelio. Su objetivo ha sido poner a la Iglesia frente al espejo del Evangelio y de los pobres con la intención de que descubriera las deformaciones de su rostro, tomara conciencia de sus disfunciones, de sus arrugas, e incluso de las perversiones de que ha sido objeto, se dejara interpelar por el Evangelio y los pobres, y llevara a cabo no una simple operación de cirugía estética, sino una operación a corazón abierto. Ha sido un buen ejercicio de autocrítica, de compromiso y de cambio.

Una Iglesia acogedora, abierta al mundo y comunidad de iguales

LA primera constatación, hecha por José María Díez Alegría y reiterada por otras personas que han participado en las conferencias, mesas redondas, comunicaciones y debates, fue que la Iglesia en su conjunto —incluidos los miembros más críticos— «no es Buena Noticia para los pobres». Tampoco parece que sea «ni santa, ni católica, ni apostólica, aunque sí romana», según reconoció Jesús Peláez, catedrático de Filología Griega en la Universidad de Córdoba, quien pronunció la primera conferencia sobre *Jesús, el Evangelio y la Iglesia*.

Algunas de las más conocidas e interpelantes parábolas evangélicas le sirvieron de base a Peláez para trazar el itinerario que conduzca a la Iglesia hacia el Reino de Dios. La primera etapa lleva hacia una Iglesia (comunidad de comunidades) modesta, de gente pobre y sencilla, sin pretensiones de grandeza y *acogedora*. Las parábolas del *grano de mostaza* y de la *levadura* constituyen una buena guía para caminar hacia ella.

La segunda etapa conduce hacia una Iglesia de iguales sin exclusiones ni discriminaciones. El camino a seguir lo marca la parábola de los *invitados al banquete*. La tercera etapa del itinerario remite a una Iglesia sin últimos ni primeros, que altera escandalosamente el orden establecido generador de injusticias. La parábola de referencia es la de los *jornaleros invitados a trabajar en la viña* (Mt 19, 30-20, 16). La cuarta etapa, en fin, desemboca en una Iglesia esencialmente extrovertida, que se preocupa por las personas que se han ido y por las que no quieren entrar. El paradigma de dicho ideal de Iglesia es la parábola del *padre pródigo* (Lc 15, 11-32). Así llegamos a nuestro punto de destino: «el Reino de Dios sin excluidos del pueblo ni pueblos excluidos».

De los inmigrantes pobres viene la salvación

UNA concreción de la actitud acogedora y abierta de la Iglesia es el *mundo de la inmigración*. De él se ocupó Virgilio Elizondo, principal inspirador de la teología hispana en Estados Unidos, en una brillante intervención que empezó destacando la doble vertiente de la cultura moderna: *atrayente y peligrosa* al mismo tiempo, porque «ofrece vida al costo de vidas». Uno de los rasgos de dicha cultura es la aparición y el desarrollo de sociedades multi-étnicas, multi- raciales y multi-lingüísticas. Los inmigrantes pobres no son convidados de piedra dentro de la cultura moderna ni pueden ser marginados de la comunidad cristiana. Elizondo los presentó de manera sugerente como *evangelizadores en las culturas modernas*. Como Abrahán, emprenden un viaje de fe y esperanza hacia el futuro. Como Jesús invitan a la fiesta y a la convivencia. Gracias a ellos surge una *nueva humanidad* que reconoce y valora las diferencias étnicas, raciales, lingüísticas como expresiones de la realidad humana plural.

El mundo moderno genera exclusión. Europa y Estados Unidos, considerados como paradigma de la cultura moderna, son dos islas de abundancia en medio de un océano de miseria. En dicho paradigma cultural no hay salvación. ¿Qué papel les corresponde jugar a las iglesias en medio de este clima generalizado de exclusión? A partir del ideal bíblico de humanidad y de su propia experiencia entre los inmigrantes latinoamericanos en USA, Elizondo defendió un modelo de Iglesia donde los inmigrantes pobres se encuentren como en su propia casa, protegidos de la xenofobia ambiental y de las leyes discriminatorias. Es de ellos de donde viene la salvación.

El catolicismo popular: una aproximación religiosa y cultural

EL *catolicismo popular* constituye una de las formas más importantes de ser Iglesia, una de las manifestaciones más extendidas de la experiencia religiosa y uno de los cauces más polémicos de la inculcación de la fe. Dicho fenómeno es objeto de opiniones e

interpretaciones enfrentadas que van desde el más radical rechazo por considerarlo una perversión del cristianismo hasta la valoración más entusiasta por entender que se trata de una expresión genuina del alma naturalmente religiosa del pueblo. Del análisis del catolicismo popular se ocupó Luis Maldonado, catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca, que ha dedicado numerosos estudios al tema a lo largo de más de cinco lustros de investigación.

Maldonado penetró en el fenómeno subrayando su complejidad y huyendo de valoraciones simplistas. Las claves para comprender el catolicismo popular son, a su juicio, de varios tipos: antropológica, religiosa, cultural y política que, combinadas adecuadamente, ayudan a descubrir su importancia religiosa, su relevancia cultural, su radicación antropológica y su significación política. No es un fenómeno tan plano y deformador de la fe como quieren hacernos ver los críticos de dentro y de fuera. Tampoco es un fenómeno tan puro como se empeñan en mostrarnos sus defensores entusiastas. En el catolicismo popular convergen dimensiones importantes de la fe y de la existencia humana que no pueden desdeñarse: la memoria histórica, que no tiene por qué desembocar en tradicionalismo; el rito, que no tiene por qué confundirse con el ritualismo; la narración, que no tiene por qué reducirse a historietas fantásticas; lo festivo, que libera de la monotonía y del quehacer cotidiano; lo místico, que introduce en el mundo del misterio y de la gratuidad.

Frente a los teólogos y sociólogos de la religión que anuncian la irrelevancia numérica y cultural de la religiosidad popular y del catolicismo en el futuro, Maldonado se muestra más cauto y opera con claves que le permiten ser más optimista.

Ecumenismo y pluralismo en la interpretación del Evangelio

EL Congreso incorporó el *ecumenismo* en esta su XVI edición. Aquí radica parte de su originalidad. La pastora Esther Ruiz y el pastor Alfredo Abad, ambos de la Iglesia evangélica, hicieron una rigurosa reflexión de dos tiempos sobre «El Evangelio en las iglesias de la Reforma». En el primero Alfredo Abad analizó las deformaciones y malformaciones de que ha sido objeto la Palabra de Dios, destacando la amenaza «Mc Donalds» y las respuestas protestantes inspiradas

en el Evangelio. En el segundo tiempo Esther Ruiz expuso la predicación bíblica dominical a partir de un texto de Juan.

Las iglesias de la Reforma contaron también con otro espacio en el congreso: una mesa redonda donde se analizaron críticamente los problemas y desafíos a los que tienen que responder dichas iglesias. En ella participaron el obispo de la Iglesia Reformada Presbiteriana Carlos López, el teólogo bautista Máximo García y el director de la «Sociedad Bíblica» José Luis Andavert.

La perspectiva ecuménica se completó con dos comunicaciones: una sobre la traducción ecuménica del Nuevo Testamento, a cargo de M. Salvador, miembro de la Casa de la Biblia y colaborador en dicha traducción; otra sobre las traducciones de la Biblia al castellano, desde el siglo XVI hasta nuestros días, desarrollada por F. Pastor, biblista especializado en San Pablo.

La conclusión final es que son más las cosas que nos unen que las que nos separan. E incluso las cosas que nos separan no tienen por qué reducirse a unidad, y menos aún a uniformidad, sino que son expresión de la plural riqueza de la fe cristiana. El encuentro de cristianos y cristianas pertenecientes a diferentes credos en este congreso ha sido una oportunidad histórica para avanzar juntos por los caminos del Evangelio, asumiendo tareas comunes y respetando las diferencias.

El pluralismo en la interpretación del Evangelio centró la atención de importantes debates protagonizados por teólogos y teólogas representantes de distintas tendencias. El primero versó sobre el pluralismo en la interpretación del Evangelio, según el lugar social, eclesial y geográfico en que los movimientos cristianos se sitúan. Los criterios exegéticos fueron expuestos por X. Alegre. Cristina Galletero habló desde su experiencia como teóloga y militante en las comunidades cristianas populares. J.-M. García Gerolami hizo su reflexión sobre el Evangelio a partir de las comunidades de base del Uruguay. Los tres participantes coincidieron en que no es posible una interpretación neutral.

En el congreso no faltó la crítica de la interpretación patriarcal del Evangelio desde la perspectiva de la mujer. Dicha perspectiva no es uniforme, sino plural, según las diferentes experiencias vividas por las mujeres cristianas y por las propias teólogas, como se puso de manifiesto en la mesa redonda dedicada al tema, en la que participaron E. Bautista, de la Asociación española de Guatemala y Mercedes Carrizosa, del grupo «Mujer e Iglesia». Una de las claves de su interpretación es la de *servicio*, frente

a la de servidumbre impuesta a las mujeres, predominante en la interpretación patriarcal y en la práctica histórica del cristianismo.

En el horizonte de la teología de la liberación

NO podía faltar la perspectiva de la teología de la liberación —tan presente siempre en nuestros congresos—, que este año contó con la presencia de tres voces procedentes del Tercer Mundo: Mpundo Booto, Jon Sobrino y Pedro Casaldáliga. Las tres, a cual más luminosas, interpelantes y esperanzadas, hicieron una llamada a la solidaridad y a la apuesta por la vida de los pobres.

La primera fue la del teólogo Mpundo Booto, venido del Zaire, que habló de la inculturación del Evangelio en el África Negra, que, aun cuando está marcada por la muerte, posee una cultura de la vida y lucha por su reconstrucción. El trabajo de evangelización inculturada tiene que volver a empezar en el África Negra desde nuevas bases. El anuncio del Evangelio como Buena Noticia confirma ciertos valores vividos en la cultura negro-africana, como la fe en la vida y la solidaridad sin fronteras. Cuestiona, a su vez, el orden establecido por los poderosos para aplastar a los débiles, que hoy son las mujeres, los niños, los funcionarios, los maestros y los médicos, no remunerados o mal remunerados.

Para el teólogo zaireño, en un África enferma de poder autoritario, Jesús enseña que hay que poner el poder al servicio de la vida y de la fraternidad. En un África enferma de tener, Jesús desenmascara el poder maléfico del dinero. En un África enferma por las perversiones religiosas, Jesús denuncia la complicidad del poder religioso con los poderes políticos y económicos opresores y subraya los males del poder y la ética del servicio.

Jon Sobrino venía de El Salvador, un país que felizmente ha entrado en una cierta «normalidad democrática», tras casi tres lustros de guerra, si bien sigue conservando las mismas o similares estructuras económicas injustas que mantienen a la mayoría de la población en estado de pobreza y miseria. Contó con una acogida muy cálida. La sintonía entre él y el público que abarrotaba el salón de actos del Colegio Calasancio —alrededor de 1.500 personas— no podía ser mayor.

Me pidieron que le presentara y lo hice con sumo gusto. De él destaqué dos aspectos nada más —y nada menos—: el primero, su trabajo teológico riguroso y metódico, evidenciado en la obra colectiva dirigida por él e I. Ellacuría, *Mysterium liberationis. Conceptos fundamentales de la teología de la liberación* y en *Jesucristo liberador*, primer volumen de su cristología histórico-teológica, al que seguirá un segundo sobre la resurrección de Cristo. El segundo, su compromiso con los pobres de la tierra en El Salvador, donde vive desde hace casi cuarenta años amenazado de muerte y como testigo de mártires.

Jon Sobrino habló también del Evangelio como *Buena Noticia* y de la evangelización como anuncio, testimonio y liberación. Pero no lo hizo en abstracto, sino intentando descubrir su significación hoy para las víctimas. Como buen conocedor de la realidad y nada ingenuo, empezó por analizar las dificultades para transmitir y hacer realidad la Buena Noticia de la liberación. Entre las dificultades dentro de nuestro mundo están: la pobreza y la injusticia planetarias, el ambiente deshumanizante, la cultura del desencanto y la propuesta de soluciones falsas y engañosas. Las dificultades provenientes de la Iglesia católica son: la falta de honradez con el mundo y consigo misma, el clima de sospecha y de miedo, la nostalgia de la cristiandad. La reacción del anti-reino contra la Buena Noticia se traduce en persecución y captación.

Pero las dificultades no hacen imposible la tarea. En medio de ellas hay que descubrir las posibilidades, entre las cuales Sobrino se refirió a las siguientes: la Buena Noticia sigue presente en la historia; el Evangelio y la vida poseen una fuerza intrínseca; hay signos del Reino de Dios que son benéficos en sí y que poseen un potencial liberador; existen «testigos», mártires sobre todo, que muestran que la verdad y el amor son posibles a pesar de todo; existen movimientos empeñados en construir la utopía y en «revertir la historia».

Así las cosas, la evangelización exige como paso previo la denuncia de la injusticia y el desenmascaramiento de la mentira instalada en el mundo. A partir de ahí, tiene que anunciar, según Sobrino, la utopía de la vida material, consistente en una mesa grande para todo el mundo, y la ecología del espíritu, cuyo contenido son los bienes sociales que purifican el aire que respira el espíritu.

En el centro de la evangelización se encuentra Jesús, hijo de Dios e hijo del hombre, cuyo atractivo radica en su honestidad, misericordia, justicia, libertad, confianza en un Dios Padre-Madre y disponibilidad

ante un Padre-Madre, y cuya misión fundamental es revelar el Evangelio de Dios a través de lo humano «sin añadidos» pero «con concreciones».

Del Tercer Mundo nos llegó también la voz profética y la imagen testimonial de Pedro Casaldáliga, obispo de São Felix do Araguaia (Brasil). Fue invitado a pronunciar la última conferencia del congreso bajo el título *El Evangelio y los pobres, interpelación a la Iglesia*. Aceptó gustoso la invitación, pero desde el principio expresó con honestidad su decisión de no viajar a España. No pudiendo estar con nosotros en cuerpo mortal grabó en video su conferencia, que fue seguida con un profundo silencio. Habló en la capilla —la catedral de la diócesis como él la llama— en un clima de recogimiento, de misterio y de espiritualidad. Le acompañó en todo momento el canto de un gallo y el ambiente pobre del Mato Grosso.

También Casaldáliga hizo una reflexión sobre la Buena Noticia, pero centrandó su atención y su denuncia en el mayor adversario de esa Buena Noticia: el *neoliberalismo*, al que consideró «pecado mortal» y al que calificó sin contemplaciones como «la blasfemia, la extrema herejía de nuestro tiempo, porque excluye a la mayoría de la humanidad, a la que hace vivir en extrema pobreza». Citó a Rahner: «El cristiano/la cristiana del siglo XXI será místico o no será cristiano/a», para, tras definirlo como el mejor teólogo católico del siglo XX, redefinir cariñosamente su diagnóstico en los siguientes términos: «El cristiano/la cristiana del siglo XXI será pobre y/o aliado sinceramente con los pobres o no será cristiano».

Pedro Casaldáliga, que dijo no ser teólogo y se definió como poeta, echó un piropo a la teología española, que es de agradecer en tiempos de amonestaciones y persecución como los que corren: «España —dijo— tiene hoy teólogos y teólogas a la altura del Siglo de Oro». La sala respondió al piropo con un largo y sonoro aplauso. ¡Gracias por lo que toca a este Congreso de Teología!

Hacia un cambio de lugar social

DE cara al año 2000 y en su confrontación con el Evangelio y los pobres, la Iglesia debe llevar a cabo un cambio radical de lugar social: de la instalación entre las clases pudientes y de las alianzas con el poder (en el pasado) o del discreto encanto de la ubicación en las clases medias (en el presente) a la radicación en las clases populares, entre las personas y los grupos marginados y excluidos. Así se puso de

manifiesto en la mesa redonda sobre «El Evangelio en el mundo de la marginación». En ella Mari Luz Córdoba expuso su experiencia de trabajo con mujeres prostituidas y nos hizo responsables de la prostitución a todos, «porque todos, en mayor o menor grado, colaboramos con unas estructuras que crean pobreza y marginación». Felipe Gutiérrez, miembro de la asociación «Mensajeros de la Paz» habló de los niños enfermos de SIDA. Pedro García Blanco, de la organización «Karibu», se refirió a la necesidad de acoger fraternal y cariñosamente a las personas inmigrantes. Eloy Fernández Tejerina contó la dolorosa experiencia que vive la diócesis peruana de Chachapoyas, donde el nuevo obispo está desmontando el tejido comunitario y participativo construido a lo largo de varias décadas e imponiendo unas estructuras autoritarias y ajenas a la opción por los pobres. Las personas asistentes al Congreso expresaron con su firma la solidaridad hacia esa Iglesia popular perseguida no por los enemigos de fuera, sino por la propia jerarquía.

Ello está reclamando un *cambio estructural* dentro de la Iglesia, en la línea propuesta por el documento *También somos Iglesia*, firmado en toda Europa por más de tres millones de cristianos y cristianas, que fue presentado en el Congreso. El documento propone cinco metas a conseguir en un futuro no lejano: a) Construcción de una Iglesia fraterna donde se reconozca la igual dignidad de todos los creyentes y éstos participen en la designación de los/as responsables de la comunidad cristiana. b) Plena igualdad de derechos de la mujer, incluyendo el acceso al ministerio sacerdotal. c) Libre elección de forma de vida, sea celibataria o no. c) Valoración positiva de la sexualidad como parte fundamental del ser humano. e) Mensaje de alegría, solidaridad y esperanza, en vez de amenazas y condenas hacia personas en situaciones difíciles.

Las intervenciones de J.-M. Orega, de la Asociación de Teólogos Laicos, sobre «Perspectiva laical sobre el Evangelio y la Iglesia», y de los Movimientos Juveniles de Acción Católica sobre «Los jóvenes ante el Evangelio», apuntaron a algunas de las ideas del citado documento.

El cambio de lugar social requiere un diálogo entre las plurales éticas que están presentes en la sociedad, en la cultura actual y en la reflexión filosófica, y la moral cristiana. Y ello en tres niveles: a) Asumiendo las críticas de las éticas civiles a la moral cristiana, como hizo ver la catedrática de la Universidad de Santiago de Compostela E. Guisán, quien postuló la tríada de valores formada por la felicidad, la excelencia y la justicia (le faltó citar la solidaridad). b) Buscando espacios de colaboración y

convergencia ético-política, pero reconociendo lo que nos une y lo que nos separa, como expuso A. García Santesmases, profesor de Filosofía moral y política en la UNED. c) Por parte de los cristianos y cristianas, estando «abiertos a las diversas éticas religiosas y humanistas», aportando «experiencias de ortopraxis y gestos proféticos, mucho más que afirmaciones preceptistas pretendidamente inmutables», e identificándose «visceralmente con la causa de los pobres», como expuso J.-M. Díez Alegría.